

XXVII domingo ordinario - C - 5 octubre 2025
Ha 1, 2-3; 2, 2-4 Sal : 94 (95); 2 Tm 1, 6-8.13-14; Lc 17, 5-10

¡Fidelidad al Fiel Eterno!



El grito del profeta Habacuc en la primera lectura era el grito de todo un pueblo; es quizá aún el grito de muchos humanos frente a las derivas en nuestro mundo actual: "¿Cuánto tiempo, Señor, voy a llamar sin que tú oigas? gritar a ti: ¡Violencia! sin que tú salves? ¿Por qué me haces ver el mal y mirar la miseria? Ante mí, pillaje y violencia; se desencadenan discusiones y discordias". ¿Tenemos todavía alguna razón para creer o esperar? El Dios que formó la oreja, ¿no oirá nuestros gritos? Él que modeló el ojo, ¿no vería calamidades (cf. Sal 93, 9)?

La respuesta del Señor viene a calmar nuestras dudas: "El justo vivirá por su fidelidad". La fidelidad a la que somos invitados debe arraigarse en la fe, en Dios y en nosotros mismos.

En términos generales, ¿qué es lo que nos impulsa a cambiar o ir hacia otras deidades, otros métodos, otras prácticas (para bien o para mal)? Entre todas las respuestas posibles, siempre encontramos en el fondo una cierta duda sobre el presente y una incertidumbre sobre el futuro. Porque si estamos totalmente seguros de nuestras posiciones, de nuestros métodos y de los resultados, no cambiamos. Sin embargo, es difícil encontrar tal garantía en las realidades terrenales. Solo en Dios, y solo en Dios, podemos encontrar tal seguridad en la fe. Este es el sentido de la petición de los apóstoles a Jesús en el evangelio: "Aumenta en nosotros la fe". Solo los que tienen fe son capaces de fidelidad, porque saben bien que en todas las circunstancias Dios está allí. En su omnipotencia, Dios nos ha amado y nunca deja de amarnos; sus sentimientos de amor por nosotros no cambian, sus proyectos de amor por nosotros nunca fallan. ¡Dios es el Fiel por excelencia! Es por eso que cuando vienen las pruebas, cuando somos perseguidos por la verdad y el bien, cuando nuestro éxito tarda en venir, cuando tenemos la sensación de que el mundo se desmorona a nuestro alrededor; debemos mantener la fe y perseverar en la fidelidad.



Otro aspecto muy importante a subrayar en la liturgia de este domingo es que debemos creer no solo en Dios, sino también en nosotros mismos o en lo que somos en relación con Dios. Lejos de nosotros la idea de ser orgullosos, pero debemos recordar que, a pesar de nuestros límites, somos capaces de Dios (capax Dei). Siguiendo el ejemplo de san Pablo, que no retrocedió ante las adversidades o las amenazas, que permaneció fiel manteniendo la fe hasta el final, debemos estar convencidos de

que somos capaces de todo gracias a quien nos fortalece (cf. Flp 4,13). En respuesta a la petición de los apóstoles, Jesús podría haber dicho: "Si tuvieras fe... Dios haría tal o cual cosa en nuestra vida". Pero no, implica a cada uno de nosotros diciendo: "le habrías dicho al árbol que he aquí: 'Desarráigate y ve a clavarte en el mar', y él te habría obedecido". Esto significa que el poder de Dios actúa en la palabra y las acciones de aquellos que creen.

Por último, ¡escuchemos los consejos de san Pablo en la segunda lectura! Servimos a un Dios de fuerza y de victoria. No temamos al mundo, guardemos la fe y permanezcamos en fidelidad al que es fiel para siempre.

*Aguanta, siervo fiel: por haber sido fiel a poco,
Serás, en la vida eterna, establecido sobre todos los bienes de Dios.*

(San Montfort, cántico 153, 21)

